

blas, en donde se encanallaban demasiado. La condesa de la Roche-Negly decidió que se establecerían en Puy. Allí, al menos, se podía recibir gente, y el olor del estiércol no subiría hasta la sala. Muy luego el mismo M. de Marcellange fue desterrado. No tuvo ya en la casa de Puy mas que un cuarto para apearse cuando iba allí, una habitación ahumada, demasiado buena todavía para él, sin duda. Se ostentaba gran lujo, y solo con una sonrisa desdeñosa se hablaba de

la sórdida economía introducida en Chamblas; pero se sabía armonizar muy bien el cálculo egoísta con el fasto mas costoso. La condesa proseguía enérgicamente las reclamaciones á que el contrato de matrimonio le daba derecho, y su hija favorecía sus miras, viendo en aquellos rigores un medio muy oportuno para aumentar su parafernalia. Llegóse al extremo de negarse á mantener á los criados del yerno; luego las señoras de Chamblas plantearon una demanda de



Mr. de Marcellange se tambaleó un instante en su silla, y luego cayó... (pág. 51.)

divorcio, y M. de Marcellange dejó de ser recibido en casa de su mujer.

M. de Marcellange ganó el pleito, y la demanda de divorcio fue rechazada, pues era harto evidente que el dote de Mlle. de Chamblas no corría peligro alguno. M. de Marcellange, que á pesar de este mal proceder mostraba vivo afecto hácia su mujer, la escribió é hizo que la hablasen para verificar una reconciliación. Nada se consiguió. M. de Marcellange ya no pertenecía á la familia. Hasta los mismos vínculos que no bastaron á conjurar tan escandalosa división, se rompieron: M. de Marcellange había perdido en pocos meses á sus dos hijos. Ni siquiera se dignaron enterarle de la muerte del segundo, y solo supo esta desgracia por una persona extraña.

En vano dirigió M. de Marcellange á su mujer por medio de alguacil, una intimación para que re-

gresase al domicilio conyugal, pues ella se obstinó en no obedecer.

En el mes de junio de 1839 había sido rechazada la demanda de divorcio; catorce meses después ocurría la escena lúgubre que hemos referido.

Al día siguiente, 2 de setiembre, un mensajero, Luis Achard, enviado por el alcalde de Saint-Etienne-Lardeyrol, fué á participar el suceso á las señoras. A aquel hombre le sorprendió la frialdad con que fue acogida la noticia.

Algunas horas después, el promotor fiscal y un juez de instrucción se trasladaban á Chamblas y formaron la primera sumaria sobre el crimen; los magistrados hallaron el cadáver tendido todavía sobre la mesa de la cocina. Un médico á quien se llamó para hacer la autopsia, halló en el cuerpo una bala y dos postas. Una costilla había sido rota, uno de los pul-